

VIDAS

Coincidíamos todas las mañanas en el autobús que llevaba a la ciudad. Ella se subía en su pueblo, en la parada posterior a la mía. Al entrar, siempre daba los buenos días sin mirar a nadie, con una dulce y a la vez tímida sonrisa. Se sentaba, a ser posible, entre las primeras plazas y enseguida quedaba absorta en sus pensamientos. Lo que más me llamaba la atención eran sus manos: manos recias, menudas, delicadas a la vez. Sonreía a veces levemente, más con sus ojos que con los labios, como si le viniera al alma algún grato recuerdo de épocas más felices. En esos momentos se iluminaba un rostro normalmente serio, precozmente surcado por pequeñas arrugas. Tenía un aspecto cansado pero un aire digno. Se aferraba a su bolso como si fuera lo único que le quedara en la vida, como el ligero equipaje de un náufrago que esperanzado mira al horizonte en un mar tranquilo pero desolado. Me hacía gracia su pelo un poco desordenado, de persona que había renunciado a los pequeños detalles de coquetería por tener otras cosas más importantes en qué ocuparse.

Me acabé sentando un día a su lado. No quería que pensara mal de mí o que malinterpretara mi interés. Pasaron meses antes de que entabláramos conversación. Al principio hablábamos del tiempo. Poco a poco la hacía reír con mis ocurrencias y bromas inocentes.

Me comentó que se había quedado viuda muy joven. No había tenido tiempo de disfrutar de su vida de casada, pero sí de haber tenido tres hijos.

A pesar de la rapidez con que pasaban los años, nunca fuimos nada más que compañeros de trayecto de lunes a viernes.

Un día me dijo que se jubilaba y que se marcharía con su hija a la ciudad. No me atreví a decirle que la echaría de menos.

Sin embargo, no tardé en encontrármela una tarde por el centro. Tomamos café en el bar mismo de la estación, el que teníamos más cerca. Esto se convirtió en una agradable rutina los martes y los jueves. Continuó así nuestra

amistad. Me hablaba de sus hijos y de sus nietos; y yo le hablaba de mi soledad de hombre soltero, sin familia cercana.

Ahora, una vez que he dejado de trabajar, sigo cogiendo el autobús todos los días por la mañana temprano. Llueva o haga un sol de justicia, me acercó a la casa de su hija. Me siento a su lado, le tomo su mano entre las mías, y le sigo contando con detalle mi vida de hombre solitario, aunque no me escuche y mire con extrañeza la cara de quien fue su compañero de viaje tantos años. No sabe quién soy pero a veces me obsequia con una dulce sonrisa...

Flor de otoño